

lucionario mismo considerado en la primera de sus evoluciones. Esto sirve para explicar por qué va desde luego derechamente contra el poder, y por qué, para estar seguro de matarle, comienza por dividirlo.

No, el parlamentarismo no está inspirado por la libertad; si lo estuviera, buscaría la limitación del poder y tendría horror de su división, que es su aniquilamiento; si lo estuviera, respetaría en el poder su unidad augusta y su perpetuidad santa. Si el parlamentarismo fuera la libertad, respetaría las jerarquías sociales, esas robustas ciudadelas desde donde defienden contra los tiranos su libertad los pueblos libres. Pedir la libertad al parlamentarismo es pedírsela á la Revolución, y la Revolución no llevó nunca la libertad, hija del Cielo y consuelo de la tierra, en sus estériles entrañas.

Aquí tocamos al verdadero nudo de la cuestión; séame, pues, permitido entrar en algunas explicaciones que considero importantísimas, aun á riesgo de hacer cansada esta carta por sus desmesuradas dimensiones.

El parlamentarismo, suprimiendo las jerarquías, que son la forma natural, y por consiguiente divina, de lo que es *vario*, y quitando al poder lo que tiene de indivisible, que es la condición divina, natural y necesaria de lo que es *uno*, se pone en abierta insurrección contra Dios, en cuanto es creador, legislador y conservador de las sociedades humanas. En este estado de insurrección permanente, está obligado nada menos que á encontrar la solución de un gran problema de todo punto insoluble. El problema consiste en cambiar con sus esfuerzos la naturaleza intrínseca de las cosas, de tal manera que puedan sujetarse y se sujeten al imperio de las concepciones humanas, y que puedan substraerse y se substraigan al imperio de las leyes generales ordinarias, establecidas por la inteligencia divina. Su intento es una renovación, en el orden político y social, de la guerra de los titanes; guerra seguida del mismo fin y de los mismos estragos: en vano ponen para escalar el cielo un monte sobre otro monte, Osa sobre Pelión, Pelión

sobre Osa. El rayo tocará su frente antes que su mano impía pueda tocar sus cumbres.

He dicho que el problema es grande y que es insoluble. Su grandeza sirve para explicar la magnífica explosión de fuerzas intelectuales que se observa siempre en los Gobiernos parlamentarios. El hombre siente en ellos instintivamente que está solo, y que para no sucumbir necesita hacer prodigios: para salir adelante con su empresa es menester que sea á un tiempo mismo Dios y hombre: Dios, para mudar las cosas y sus leyes; hombre, para aplicar las nuevas leyes á las nuevas cosas. Es ley del mundo moral que la división engendre la discordia, y que la discordia vaya á parar á la guerra; el parlamentarismo trastornará el mundo moral, y sus condiciones y sus leyes: él hará la división, y ausentará en ella los tabernáculos de la paz por medio de una ley que Dios había olvidado, y que se llama la ley del equilibrio; la discordia pierde á un mismo tiempo su nombre y su naturaleza: se llamará la vida; y gobernada por los modernos taumaturgos, se transformará en movimiento ordenado y en agitación saludable. La supresión de las jerarquías sociales lleva consigo, según el orden establecido por Dios, la igualdad en la anarquía común ó la igualdad en la común servidumbre. De hoy más, todo sucederá de otra manera: el hombre, en vez de sacar lo semejante de lo semejante, lo análogo de lo análogo, lo idéntico de lo idéntico, sacará lo contrario de lo contrario. En virtud de esta nueva ley, sacará, de la igualdad que busca un mismo nivel, la libertad, que por ser una desigualdad y un privilegio busca distintos niveles. Dios había querido que los hombres pudieran escoger entre ser libres ó iguales; el hombre concebirá un intento más alto, y haciendo una enmienda á la obra imperfecta de Dios, hará á sus hermanos, de un golpe, iguales y libres.

Así como la grandeza del problema que se trata de resolver explica suficientemente el grandioso vuelo de las inteligencias en los Gobiernos parlamentarios, ese mismo vuelo grandioso de las inteligencias explica otros muchos fenóme-

nos. Bajo el imperio del parlamentarismo, el ingenio, instrumento de solución del gran problema, lo es todo, y lo demás no es nada; de aquí la idolatría del ingenio, en que van cayendo, una después de otra, todas las naciones. Supuesta esa idolatría, nada hay más puesto en razón sino que todos aspiren á ser ingeniosos para ser adorados; de aquí un espantoso desorden en las vocaciones individuales. Todos han de echar por un mismo camino, y todos han de ser los primeros en el camino por el que van todos.

Supuesto este orden de cosas, y este género de aspiraciones y de impulsos, véase aquí lo que sucederá infaliblemente. —Todas las cosas humanas pierden de súbito su aplomo y su equilibrio. En la misma proporción en que las inteligencias suben, los caracteres bajan; signo infalible de decadencia. Nadie sabe decir, en medio del general desequilibrio y del universal desconcierto, si el mundo está en guerra ó si hay paz en el mundo. Por un lado, hay demasiada agitación y demasiada inquietud para que ese estado de cosas merezca el nombre hermoso de paz; por otro, nadie puede divisar por parte ninguna aquel aparato bélico, aquellos ordenados tumultos, aquellos grandes movimientos y aquellas grandes evoluciones de gentes de armas que lleva consigo la guerra. El mundo está como en los confines de estas dos grandes cosas: sin estar en paz porque están inquietos los ánimos, y sin estar en guerra porque están los brazos quietos; está en un estado permanente de discordia y de disputa, la cual, sin ser la paz de los hombres, es la guerra propia de las mujeres; para ser la paz le falta lo que la paz tiene de envidiable y de augusto, la quietud inalterable de los ánimos, y para ser la guerra le falta lo que la guerra tiene de fecundo y de expiatorio, que es la sangre. El parlamentarismo, trasladando la guerra del campo de batalla á la tribuna, y de los brazos á los espíritus, la ha sacado de allí donde exalta y fortifica, para llevarla allí donde enflaquece y enerva. Dios ha dado siempre el imperio á las razas guerreras, y ha condenado á la servidumbre á las razas disputadoras.

Así como lo que hay de grande en este problema sirve para explicar, por un lado, el desarrollo anormal de la inteligencia humana, y por otro, las consecuencias desastrosas que lleva consigo lo que tiene de anormal y de gigantesco ese desarrollo, de la misma manera lo que en ese problema hay de insoluble sirve para explicar el miserable fin á que van á parar necesariamente todas estas cosas.

En esta lucha del hombre contra Dios, ni el hombre podía ser vencedor, ni Dios podía ser vencido; porque si Dios, por reverencia á su libertad, le ha concedido el combate, le ha negado la victoria. Está escrito que todo Imperio dividido ha de perecer; y el parlamentarismo, que divide los ánimos y los inquieta; que pone en dispersión todas las jerarquías; que divide el poder en tres poderes y la sociedad en cien partidos; que es la división en todo y en todas partes, en las regiones altas y en las regiones medias y en las regiones bajas, en el poder, en la sociedad y en el hombre, no podía substraerse, y no se substraerá, y no se ha substraído jamás al imperio de esta ley inexorablemente soberana.

Hay un período de tiempo, no muy largo, en que el parlamentarismo logra mantenerse en pie encantando los oídos con los prestigios de la palabra y ofuscando los ojos con la púrpura de la elocuencia; pero luego al punto viene al suelo, perdiendo su aplomo y su equilibrio.

El parlamentarismo puede morir de muerte natural ó de mano airada. Cuando muere de muerte natural, acaba de esta manera.—Consistiendo el problema que se trata de resolver, por una parte, en constituir un Gobierno vigoroso por medio del acuerdo de tres poderes diferentes, y por otra en dar la libertad á los hombres, que con la supresión de las jerarquías son iguales, el poder comienza, naturalmente, por pasar á las manos de los que por su grande inteligencia se hallan en el caso de encontrar la solución de este problema escabroso, sacando la libertad de la igualdad, y un Gobierno vigoroso de un poder dividido. Llegados al poder, y puestos cara á cara con el teme-

roso problema y con el pavoroso enigma, sus pies comienzan á vacilar, su cabeza padece vértigos y su inteligencia desmayos: la acción no corresponde al discurso: el problema no se resuelve y lo prometido no se cumple. Entonces vienen los grandes torneos parlamentarios, en que se dilucida grandemente la cuestión, que consiste en averiguar por qué no se esclarece el enigma, por qué no se resuelve el problema, por qué no se cumple lo prometido, y por qué lo dicho no se ha hecho; de aquí las crisis ministeriales, los fraccionamientos de las mayorías, el encono de los ánimos, el encendimiento de las pasiones: las mayorías llegan á ser inciertas, y los Ministerios estables, imposibles: un Ministerio viene al alcance de otro ministerio; un orador al alcance de otro orador, y todos al alcance de todos en rápido y revuelto torbellino. El parlamentarismo comienza por ofrecer á la sociedad un Gobierno vigoroso, y desde los primeros pasos de su carrera deja á la sociedad sin amparo, porque la deja sin gobierno.

Entretanto comienzan á agitarse y á hacer su entrada en la escena los mudos espectadores de este gran espectáculo. Entre ellos hay unos que están más cerca; y otros que están más lejos de aquel horno incandescente: los primeros son, por lo general, hombres de escaso entendimiento y de voluntad flaca, á quienes condena Dios á una perpetua medianía: los segundos son habitantes de no sé qué infierno, en donde la sociedad los relega temerosa de sus violentos instintos. Conmovida la sociedad, en sus altas regiones como en sus regiones cavernosas, al ruido de las contiendas parlamentarias, todo se desquicia á una vez; y los corazones, en la anhelosa incertidumbre de lo que va á suceder, se sienten sobrecogidos de temor y sobresalto. Entonces comienzan á esparcirse por la atmósfera vagos y temerosos rumores contra los que ocupan solos el campo de batalla. Poned un oído atento á lo que de ellos se dice: de uno se afirma que es poeta, y que no sirve sino para conversar con las musas; de otro que es filósofo, y que de nada más entiende sino de su filosofía; de éste que es inútil para

la acción, y que se resuelve todo en palabras; de aquél que es ambicioso y viejo; de todos, que son Burgraves; lo cual es condenarlos al mayor de todos los oprobios y á la más grande de todas las ignominias.

Cuando esto llega á suceder, los fundadores y los sostenedores del Gobierno parlamentario, y el Gobierno parlamentario mismo, están perdidos sin remedio. El problema los mata porque no han podido resolverle; y no habiendo podido encontrar la solución del enigma, van á caer en la garganta de la esfinge. Si no mueren de mano airada, que es lo que suele suceder, la medianía envidiosa pondrá la mano en ellos y los arrancará de la Tribuna, teatro de su elocuencia, y de sus sillas curules, mudos testigos de sus glorias. Esta evolución me parece lógica, necesaria, inevitable, allí donde el parlamentarismo tiene la desgracia de no morir violentamente.— Yo no sé si hay en la tierra un espectáculo más solemnemente triste, y que lleve escondida una enseñanza más grande, que el de la medianía mirando á la inteligencia de alto á bajo, y el del mutismo, señor de la tribuna en donde habló la elocuencia; esto se asemeja en lo moral á lo que sucedería en lo físico si viéramos al monte puesto debajo del valle, y al valle puesto encima del monte. ¡Tremendo pero justo castigo de los que intentaron escalar el cielo en su locura, y borrar en la creación la estampa augusta de las concepciones divinas!

Cómo muere el parlamentarismo de mano airada, todos lo saben: muere cuando se presenta un hombre que tiene todo lo que al parlamentarismo le falta; que sabe afirmar y sabe negar, y afirma y niega perpetuamente las mismas cosas; muere cuando las muchedumbres, llegada su hora providencial, piden con bramidos asistir, y asisten al festín parlamentario; muere dejando á la sociedad en manos de la Revolución ó en manos de la dictadura, que toman su herencia, á un mismo tiempo, por la fuerza del derecho y por el derecho de la fuerza: por el derecho de la fuerza, porque son las fuertes; por la fuerza del derecho, porque son sus hijas.

No ignoro que esta progenitura viene desconocida y negada; pero yo la afirmo resueltamente, y la pruebo de tal manera que ni vendrá negada, ni será desconocida en adelante. Esta gran cuestión no necesita, para ser resuelta, sino de ser bien planteada.—¿Qué hace el parlamentarismo?—El parlamentarismo divide el poder y suprime las jerarquías.—¿Qué deja en pos de sí cuando muere?—Ó un poder armado de la fuerza social en presencia de individuos dispersos, ó una muchedumbre furiosa en presencia de un poder dividido. Ahora pregunto yo: ¿Qué es esto segundo sino una revolución? ¿Qué es aquello primero sino una dictadura? ¿Y qué son la Revolución y la dictadura sino las hijas de su voluntad, los huesos de sus huesos y las carnes de su carne?

Conocido el parlamentarismo en su origen, en su naturaleza y en su historia, sólo me falta definirle, y le defino de esta manera: *el parlamentarismo es el espíritu revolucionario en el Parlamento.*

Mi condenación no cae sobre el Parlamento, que es el vaso, sino sobre el espíritu revolucionario, que es el licor. Derramad el licor que contiene, y acepto el vaso; pero cuando digo: *Derramad el licor que contiene*, quiero decir: Dadme un Parlamento que no sea un poder, sino una resistencia al poder, que es por su naturaleza limitado, perpetuo y uno; dadme un Parlamento que no suprima las jerarquías, porque las jerarquías son á la sociedad lo que la unidad es al poder; es decir, la condición necesaria de su existencia.

Al combatir el parlamentarismo, acabo de cumplir el más santo, pero al mismo tiempo el más doloroso de mis deberes; sí, el más doloroso, porque tengo amigos buenos y muchos que fueron estrellas en el firmamento parlamentario; estrellas caídas del cielo y apagadas hoy por un nuevo sol que ha hecho su entrada triunfal por el horizonte. Esos reyes de la palabra y de la tribuna son siempre reyes para mí, por más que estén caídos y deslustrados sus blasones. El rayo que ha tocado sus frentes los santifica á mis ojos, porque aun

á las majestades más excelsas realza y santifica la majestad del infortunio. Yo lo juro: si el parlamentarismo no hubiera condenado á muerte á la sociedad con una condenación inexorable, ellos la hubieran salvado: para salvarla combatieron aquellos nobles combates, cuya grandeza recordará perpetuamente la Historia. Yo los vi en su heroica porfía, disputando la sociedad al abismo que la reclamaba por suya: yo los vi tenerla suspensa entre el abismo y el cielo muchos años, y quedé atónito ante el divino poder de la elocuencia y el milagro de la palabra...

¿Y por qué no he de declarar todo lo que está escondido en mi pecho, aunque en mi pecho no haya sino debilidad y miseria? Yo no tengo valor para condenar la elocuencia aunque la elocuencia sea culpable: que la condenen los justos; por lo que hace á mí, no sé cómo esto sucede; pero, por más que me ofenda su pecado, mientras más peca amo más á esa bella pecadora.

De Ud. afectísimo respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.